

## CAPITULO V

## El renacimiento cristiano.

I. Los vicios del renacimiento pagano.—Decadencia de las civilizaciones del Mediodía.

II. La Reforma.—Aptitud de las razas germánicas é influencia de los climas del Norte.—Los cuerpos y las almas en Alberto Durero.—Sus mártires y sus juicios finales.—Lutero.—Su concepción de la justicia.—Construcción del protestantismo.—La crisis de la conciencia.—La renovación del corazón.—La supresión de las prácticas.—La transformación del clero.

III. La Reforma en Inglaterra.—La tiranía de los tribunales eclesiásticos.—Los desórdenes del clero.—La irritación del pueblo.—Interior de una diócesis.—Persecuciones y conversiones.—La traducción de la Biblia.—Cómo los acontecimientos bíblicos y los sentimientos hebraicos están de acuerdo con las costumbres contemporáneas y el carácter inglés.—El *Prayer-Book*.—Poesía moral y viril de las oraciones y de los oficios.—La predicación.—Latimer.—Su educación.—Su carácter.—Su elocuencia familiar y persuasiva.—Su muerte.—Los mártires bajo María.—Inglaterra es protestante en lo sucesivo.

IV. Los anglicanos.—Proximidad de la religión y del mundo.—Cómo penetra en la literatura el sentimiento religioso.—Cómo subsiste en la religión el sentimiento de lo bello.—Hooker.—Su amplitud de espíritu y de estilo.—Hales y Chillingworth.—Elogio de la razón y de la tolerancia.—Jeremías Taylor.—Su erudición, su imaginación, su poesía.

V. Los puritanos.—Oposición de la religión y del mundo.—Los dogmas.—La moral.—Los escrúpulos.—Triunfo y entusiasmo de los puritanos.—Su obra y su sentido práctico.—Bunyan.—Su vida, su espíritu y su poema.—Porvenir del protestantismo en Inglaterra.

## I

«Sepa bien el lector (dice Lutero en su prefacio) (1), que yo he sido fraile y papista acérrimo, que hasta

(1) Edición de las obras completas, t. I.

tal punto me embriagaban y enajenaban las doctrinas papales que, á poder, me hubiese hallado dispuesto á matar ó á querer que matasen á los que hubieran rechazado la obediencia al Pontífice, ni aun en una sílaba. No era yo de hielo para defender al Papa, como Eck y sus iguales, que, á decir verdad, me parecían defenderle más bien por conveniencias de su estómago que porque tomasen en serio el asunto. Hay más: aún hoy me parece que se burlan del Papa, como epicúreos. *Yo, por mí, procedía de todo corazón, como hombre que ha temido horriblemente el día del juicio y que anhelaba salvarse, temblando hasta los tuétanos.*» Así, cuando Lutero divisó á Roma por primera vez, se prosternó diciendo: «Yo te saludo, santa Roma..., bañada en la sangre de tantos mártires.» Supóngase el efecto que produciría sobre un alma tan leal, tan cristiana, el desaforado paganismo del renacimiento italiano. La belleza de las artes, el atractivo de la vida refinada y sensual no tenían poder sobre él; lo que juzgaba era las costumbres y no las juzgaba sino con su conciencia. Miró aquella civilización del Mediodía con ojos de hombre del Norte, y no percibió más que sus vicios, como Ascham, que decía haber visto «más crímenes é infamias en Venecia durante ocho días, que durante toda su vida en Inglaterra». Como hoy Arnold y Channing, como todos los hombres de raza (1) y de educación germánicas, sintió horror á esa vida voluptuosa, tan pronto indiferente como desenfrenada, pero emancipada siempre de las preocupaciones morales, entregada á la pasión, amenizada por la ironía, circumscripita al presente, huérfana del

(1) Véase en *Corinne* el juicio de lord Nevil sobre los italianos.

sentimiento de lo infinito, sin otro culto que la admiración de la belleza visible, sin otro objeto que la persecución del placer, sin otra religión que los terrores de la imaginación y la idolatría de los ojos.

«Por cien mil florines (decía á la vuelta) no hubiese querido dejar de ver á Roma; siempre me habría atormentado la duda de si era injusto con el Papa (1). Los crímenes de Roma son increíbles; nadie podría creer en una perversidad tan grande, sin el testimonio de sus ojos, de sus oídos, de su experiencia... Allí reinan todas las maldades é infamias, todos los crímenes atroces, principalmente la codicia ciega, el menosprecio de Dios, los perjurios, la sodomía... Nosotros los alemanes bebemos hasta la saciedad, mientras que los italianos son sobrios. Pero son los más impíos de los hombres; se burlan de la verdadera religión; nos ridiculizan á nosotros los cristianos, porque creemos todo lo que dice la Escritura... En Italia hay un dicho que repite la gente cuando va á la iglesia: «Paguemos tributo al error popular.» Y se añade: «Si hubiésemos de creer en todo la palabra de Dios, seríamos los más miserables de los hombres, y no podríamos tener jamás un momento de alegría; hay que guardar las apariencias, y no creer en todo.» Es lo que hizo el Papa León X que, oyendo discutir sobre la inmortalidad y la mortalidad del alma, se puso de parte de la última opinión. «Porque sería terrible (dijo) creer en una vida futura. La conciencia es un mal bicho que arma al hombre contra sí propio...» «Los italianos son epicúreos ó supersticiosos. El pueblo teme á San Antonio y á San Sebastián más que al Cristo, á causa de los males que envían. Por eso, cuando se quiere prohibir á los italia-

(1) *Tischreden*, passim.

nos que orinen en un sitio, se pinta en él á San Antonio con su lanza de fuego. He ahí cómo viven en la mayor superstición, sin conocer la palabra divina, no creyendo en la resurrección de la carne ni en la vida eterna, y no temiendo más que los males temporales. Así sus blasfemias son afrentosas... y atroz su crueldad en las venganzas; cuando no pueden deshacerse de sus enemigos de otra manera, les preparan emboscadas en las iglesias; tanto, que uno partió la cabeza á su enemigo delante del altar... En los funerales hay á menudo asesinatos por cuestión de herencia... Celebran el carnaval durante varias semanas de la manera más loca é inconveniente, y han instituido en él muchos pecados y extravagancias, porque son *hombres sin conciencia* que viven en pecado público y desprecian el matrimonio... Nosotros los alemanes, y los demás pueblos sencillos, somos como una tela lisa; pero los italianos van pintarrajeados de toda clase de opiniones falsas, y están dispuestos á abrazar las peores... Sus ayunos son más espléndidos que nuestros más suntuosos festines. Se adornan excesivamente; si nosotros gastamos un florín en ropa, ellos gastan diez para vestir de seda... Cuando son castos, es por sodomía. No hay sociedad entre ellos. Ninguno se fia del otro; no se reúnen libremente, como nosotros los alemanes; no permiten á los extraños hablar en público con sus mujeres: comparados con los alemanes, son gente enclaustrada.»

Estas palabras tan duras palidecen al lado de los hechos (1). Traiciones, asesinatos, suplicios, alardes

(1) Véase en el *Corpus historicorum mediæ ævi*, por E. Ecard, tomo II: Stephanus Infessuræ, o. 1995; Burchard, camarero mayor de Alejandro VI, p. 2134.—Guichardin, p. 211, edición *Panteón literario*.

de disipación, práctica del envenamiento, los peores y más descarados atentados gozan insolentemente de la tolerancia pública y de toda la luz del cielo. En 1490, habiendo prohibido el vicario del Papa á clérigos y seglares tener concubinas, el Papa revocó la prohibición, «diciendo que eso no está vedado, porque la vida de los sacerdotes y eclesiásticos es tal que apenas se encuentra uno que no mantega una concubina ó no tenga, por lo menos, una cortesana...» César Borgia, en la toma de Capua, «elige y se reserva cuarenta mujeres de las más hermosas; y en Roma se venden á vil precio buen número de cautivas...» Bajo Alejandro VI «todos los eclesiásticos, desde el más alto hasta el más bajo, tienen concubinas á manera de esposas, y aun públicamente. Si Dios no lo remedia (añade el historiador), esa corrupción se extenderá á los monjes y religiosos, aunque, á decir verdad, casi todos los monasterios de la ciudad se han convertido en lupanares, sin que nadie ponga coto...» Respecto de Alejandro VI, amante de Lucrecia, su hija, busque el lector en Burchard la pintura de los jolgorios extraordinarios á que asiste con Lucrecia y César, y la enumeración de los premios que distribuye. Vea también el lector en los originales la bestialidad de Pedro Luis Farnesio, el hijo del Papa: vea como murió, á consecuencia de su atentado, el joven y honrado obispo de Frano, y cómo el Papa, tratando ese crimen de «ligereza juvenil», le dió por aquella bula secreta la absolución «más amplia de todas las penas en que, por incontinencia humana, en cualquier forma y por cualquier causa que fuese, hubiera podido incurrir». Si es en lo que toca á la seguridad civil, Bentivoglio hace matar á todos los Marescotti; Hipólito de Este manda sacar los ojos á su hermano en su presencia; César Borgia mata á su her-

mano; el homicidio está en las costumbres y no provoca ya asombro; se pregunta al pescador que ha visto arrojar al agua el cadáver, por qué no avisó al gobernador de la ciudad; «responde que, durante su vida, ha visto arrojar en el mismo sitio un centenar de cuerpos, sin que jamás hiciese caso nadie». «En nuestra ciudad (dice un historiador) se cometía una porción de asesinatos y de saqueos de día y de noche, y apenas pasaba un día sin que se matase á alguien.»

César mató á Peroso, favorito del Papa, entre los brazos de éste, y la sangre fué á salpicar el rostro del Pontífice. Mandó dar de puñaladas en pleno día, sobre las gradas del palacio, y estrangular después, al marido de su hermana; cuente el que pueda sus asesinatos. Ciertamente, él y su padre, por su genio, por sus costumbres, por su acabada, desembozada y sistemática maldad, han ofrecido á Europa las dos imágenes más perfectas del diablo. Para decirlo todo de una vez, en vista de esa sociedad y para esa sociedad escribió Maquiavelo su *Príncipe*. El desarrollo completo de todas las facultades y de todos los apetitos humanos, la destrucción completa de todos los frenos y de todos los pudores humanos: he ahí los dos caracteres distintivos de esa cultura grandiosa y perversa. Hacer del hombre un ser fuerte, dotado de genio, de audacia, de presencia de espíritu, de fina política, de disimulo, de paciencia, y dirigir todo ese poder en busca de todos los placeres, placeres del cuerpo, del lujo, de las artes, de las letras, de la autoridad; formar y desencadenar, en suma, un animal admirable y temible, insaciable y bien armado: he ahí su objeto; y el efecto al cabo de cien años es visible. Se desgarran entre sí como hermosos leones y soberbias panteras. En esa sociedad que ha venido á ser un circo, entre

tantos odios y cuando empieza la extenuación, aparece el extranjero; todos se encorvan entonces bajo su vara; se los enjaula, y se consumen así en medio de placeres oscuros, con bajos vicios (1), doblando el espinazo. El despotismo, la inquisición, la ignorancia crasa y la picardía sin rebozo, los descaros y las donosuras de los arlequines y scapines, la miseria y los piojos: tal es el desenlace del renacimiento italiano. Como las civilizaciones antiguas de Grecia y de Roma (2), como las civilizaciones modernas de Provenza y de España, como todas las civilizaciones del Mediodía, lleva en sí un vicio irremediable, una mala y falsa concepción del hombre; los alemanes del siglo XVI, como los germanos del siglo IV, juzgaron acertadamente; con su sano sentido, con su profunda honradez, pusieron el dedo en la llaga secreta. No se funda una sociedad sobre el culto del placer y de la fuerza; no se funda más que sobre el respeto de la libertad y de la justicia. Para que la gran renovación humana que levanta en el siglo XVI á toda Europa, pudiese acabarse y durar, era preciso que, encontrando otra raza, desenvolvese otra cultura, y que de una concepción más sana de la vida hiciese surgir una forma mejor de civilización.

## I

Así nació la Reforma al lado del renacimiento. Efectivamente, ella es también un renacimiento, un rena-

(1) Véase en las *Memorias de Casanova* el cuadro de esa podredumbre. Véase las *Memorias de Escipión Ricci* sobre los conventos de Toscana á fines del siglo XVI.

(2) Desde Homero hasta Constantino la ciudad antigua es una asociación de hombres libres, que tiene por objeto la conquista y la explotación de otros hombres libres.

cimiento apropiado al genio de los pueblos germánicos. Lo que distingue á ese genio de los otros son sus preocupaciones morales. Con ser pueblos rudos, más dados á la glotonería y á la embriaguez (1), son al propio tiempo de conciencia más susceptible, más firmes guardadores de su fe, más dispuestos á la abnegación y al sacrificio. Así los ha hecho su clima, y así han sido desde Tácito hasta Lutero, desde Knox hasta Gustavo Adolfo y Kant. A la larga, y bajo la influencia incesante de los siglos, el cuerpo flemático, atiborrado de alimentos y de bebidas fuertes, se ha embotado; los nervios se han vuelto menos excitables, los músculos menos vivos, los deseos menos próximos á la acción, la vida más deslavazada y más lenta, el alma más endurecida y más indiferente á los choques corporales; el fango, la lluvia, la nieve, la sobra de espectáculos desagradables y severos y la falta de vivos y delicados estímulos sensibles mantienen al hombre *en una actitud militante*. Héroe en los tiempos bárbaros, trabajadores hoy, soportan el tedio como provocaban las heridas; ahora, como antes, lo que á ellos les llama es la nobleza interior. Refugiados en los goces íntimos, encuentran aquí un mundo: el de la belleza moral. El modelo ideal ha cambiado de asiento á sus ojos: no está ya situado entre las formas, sino que se ha trasladado á los sentimientos; no se compone de fuerza y de alegría, sino de veracidad, de rectitud, de adhesión al deber, de fidelidad á la regla. Que nieve y ventisquee, que se desencadene el huracán en los sombríos bosques de abetos ó sobre el pálido oleaje entre los gritos de las gaviotas, que el hombre arrecido y amoratado

(1) *Viaje de Minsson*, 1700. *Memorias de la margravina de Baireuth*. Véase hoy mismo las costumbres de los estudiantes.

\* Ver la etimología de la palabra "militante" en el *Reportage de Foin* 12 pág 19 la palabra